

puerta; el jinete quedó cortado de los que le seguían, y fué hecho prisionero. Aquel hombre era un terrible contraguerriero, apodado *Chalmita*, el cual fué fusilado inmediatamente.

En ese momento los centinelas apostados en la tapia de la huerta que está detrás de la casa, hicieron fuego sobre algunos pelotones del enemigo que intentaban dar una sorpresa por aquel punto.

La presencia de *Chalmita* había hecho conocer á Romero que la fuerza que lo atacaba era la del general Cuevas. Sin pérdida de momento dió sus instrucciones á los jefes subalternos.

En aquel instante se oyó el disparo de una pieza de artillería, cuya bala agujereó el zaguán. Entonces se escuchó la voz del guerrillero:

—¡Muchachos, á caballo! ¡El que quedó, quedó!

Al mismo tiempo Tito Flores había abierto de par en par la puerta; y como si no esperasen más que esto los traidores, su cañón vomitó metralla que hirió caballos y soldados.

Tras de la metralla se había lanzado la caballería enemiga. ¡Qué confusión! ¡qué gritería de imprecaciones horrosas! La sangrienta lucha se veía á la vislumbre de los tiros; se oía crujir la carne partida con el fierro de las lanzas; chocar los sables, desprendiendo chispas de luz; gemían los heridos y se oía el ruido sordo de los hombres que caían en tierra.

Al fin los chinacos rechazaron á los dragones imperialistas, que perseguidos por aquéllos, huyeron hacia la cerca en que estaba la infantería, la que no pudo hacer fuego por no matar á los mismos suyos. Limón avanzaba á escape para cortarles la retirada; al observarlo, se introdujo entre ellos el desorden, y en medio de la espantosa confusión, los infantes tiraron los fusiles y huyeron á la desbandada.

Tras de la hacienda se hallaba el general Cuevas con una reserva de caballería de cien hombres. Acevedo se batía con ella, mientras al frente pasaba la acción que he descrito; concluida la cual, Romero acudió á reforzar á Acevedo y sus treinta jinetes, y los imperialistas no pudieron resistir el tremendo choque.

Entonces comenzó la persecución. Romero dividió su tropa en pelotones y se lanzó tras de los fugitivos. Confieso que en circunstancias como esas, los chinacos son terribles y crueles. Se embriagan al olor de la sangre, y su gusto es prender con la lanza al enemigo que alcanzan, quedando el cadáver horriblemente mutilado de tantas heridas que, uno tras otro, le infieren los perseguidores. El único que hacía prisioneros era Nicolás Romero; pero sus soldados eran inexorables.

En un espacio de más de tres leguas se dió el alcance, quedando marcado el camino con numerosos muertos. Los chinacos regresaron á la hacienda á las seis de la mañana; allí recogieron la pieza de artillería, cuarenta y tres cadáveres de soldados imperialistas y tres de republicanos; cincuenta mosquetes, ochenta y tres fusiles, sesenta y dos lanzas, treinta sables, muchas prendas de vestuario y cuarenta caballos. Quedaban en poder de los liberales treinta prisioneros.

Los españoles de Ayala, que nunca se imaginaron que fracasara su plan, pálidos y temblándoles las manos, entregaron á Romero, no uno, sino tres días de haber para su tropa. Por todo reproche, aquel hombre prudente y benigno les hizo la siguiente pregunta:

—¿Cuántos eran los traidores que mandaron vdes. llamar?

—Mi coronel, por Dios, que nosotros no dimos ningún aviso.....

—¿Cuántos eran?

—Ochocientos, señor, cuatrocientos infantes y otros tantos jinetes.

—¡Pues no estuvo tan mala la emboscada que vdes. les pusieron!

Los españoles abrieron tantos ojos, pensando en que la cosa podría ser juzgada así por los imperialistas.

Romero se dirigió al patio de la hacienda, y en voz alta exclamó:

—¡Qué formen los prisioneros!

Ya se puede uno figurar cuál fué la angustia que se apoderó de aquellos infelices. La fiebre patibular invadió su cuerpo: tenían la boca seca, los ojos extraviados, el cabello erizado, la tez pálida y áspera.

—Teniente Rubio, cumpla vd. mis órdenes.

Rubio se adelantó hacia los prisioneros, y dió á cada uno un peso; en seguida les entregó treinta caballos del deshecho. Romero volvió á hablar:

—¡Váyanse vdes. y no sigan siendo traidores!

No intento describir las muestras de gratitud que los prisioneros hicieron al jefe de los chinacos, ni el entusiasmo de la tropa. ¡Sólo afirmo que así de noble y generoso era Nicolás Romero!

Voy ahora á referir el hecho principal de este capítulo. Antes transcribiré lo que acerca de él dice la Memoria del Gobierno de Michoacán, de 1890, en la página 13 de las "Noticias históricas y estadísticas."

"El *once* de Agosto de 1864, las fuerzas de *D. Carlos Castillo*, en número de trescientos y tantos hombres, dieron alcance en la rancharía del puerto de Medina á las del jefe imperialista *D. Miguel Camarena*, que se componían de *doscientos cincuenta* hombres. El combate comenzó en jurisdicción de Contepec y terminó en el territorio del Estado de México, y fué desfavorable á las fuerzas imperialistas, habiendo muerto en la acción el referido *Camarena*."

En el conciso párrafo que antecede, es notorio el afán de desfigurar los hechos y de debilitar el mérito de los soldados republicanos, á quienes se atribuye superioridad numérica; ni siquiera se menciona á Nicolás Romero, héroe de la jornada. Si el autor de esas notas se hubiera tomado el trabajo de consultar algunas obras de historia, siquiera fuesen las de escritores imperialistas, habría podido hacer justicia al valor y generosidad de los *chinacos* de Zitácuaro, y habría comprendido la importancia de aquel hecho de armas que se verificaba en nuestro Estado en los mismos días en que Maximiliano, creyendo pacificado el país, hacía su viaje al interior.

Veamos cómo pasaron los hechos.

De México habían avisado á Riva Palacio que el capitán Becker saldría de aquella capital, con una pequeña escolta, rumbo á Morelia, llevando de parte de Bazaine pliegos é instrucciones verbales para *D. Leonardo Márquez*. Becker, que

es hoy general de la más alta graduación en el ejército de su país, es ruso de origen y vino á México en los días de la intervención francesa á hacer su práctica de la guerra. Era entonces muy joven, pero se distinguía ya por sus talentos é instrucción en la ciencia militar. Forey lo colocó de ayudante de Márquez, y con este jefe hizo gran parte de la campaña.

Riva Palacio, comprendiendo la importancia de los documentos de que era portador aquel oficial, y deseando sorprender de viva voz algunas de las instrucciones de que era depositario, dió orden á Romero de que se apoderase de él y se lo llevara á Zitácuaro.

Pero mientras el general dictaba estas disposiciones, Márquez, desde Morelia, tomaba por su parte toda clase de precauciones para que Becker llegara sano y salvo á aquella ciudad. A este efecto dispuso que Oronoz saliese de Maravatío con quinientos hombres que dividiría en dos columnas, una de doscientos infantes á sus inmediatas órdenes, y el resto de caballería (trescientos dragones) al mando del coronel Miguel Camarena, llevando entre ambas una distancia de dos ó tres leguas hasta encontrar á Becker en el camino de Ixtlahuaca.

Camarena había sido el segundo en jefe de Elizondo cuando éste servía á la República, y conservó el mismo empleo después de la defección de esa fuerza. Muerto Elizondo, Camarena lo substituyó en el mando, y en la ocasión presente llevaba á sus órdenes el 7º cuerpo de caballería y dos escuadrones del 2º y 13 de la misma arma.

Inútil es decir que desde que Romero salió de Zitácuaro, sus espías marcharon á Maravatío é Ixtlahuaca, y que varios de los exploradores hacían un servicio activo de correos.

Así las cosas, Romero partió de Ayala á la una de la tarde del día 13, yendo á pernoctar en la hacienda del Mayorazgo. El 14 continuó su marcha por el rumbo de Tapasco y llegó al puerto de Medina como á las dos de la tarde, hora en que Camarena, escoltando ya á Becker, regresaba de la Jordana, y en que Oronoz, rumbo á esa hacienda, había salido de la de Tepetongo. Tenía, pues, Romero á su disposición un amplio espacio entre las dos fuerzas enemigas, y supo aprovecharse de esta circunstancia.

Escogiendo cien hombres de los más valientes de su tropa, avanzó rápidamente al encuentro de Oronoz, logrando caer de sorpresa sobre esta columna que en unos cuantos minutos quedó derrotada, retrocediendo los restos de ella hacia Tepetongo, en donde se encerraron é hicieron fuertes en la casa de la hacienda. Esto bastaba á Romero, y para conservar la situación dejó al frente de aquella fortaleza improvisada unos veinticinco jinetes al mando de Lino Basurto, con orden de que no cesasen de hostilizar á los allí encerrados, quienes esperaban el regreso de su caballería para hacer una salida. Refiriéndose á este episodio es por lo que dice la *Memoria* de Michoacán que el ataque comenzó en jurisdicción de Conteppec, y agrega que terminó en territorio del Estado de México.

En efecto, Romero volvió á incorporarse á su fuerza, y ocultándose tras de una curva del cerro en que está el puerto de Medina, se adelantó siguiendo en rumbo paralelo el camino de la Jordana.

Becker y su grande escolta mandada por Camarena había pasado ya de la Venta del Aire, cuando sintieron la proximidad de los chinacos. Nada haré mejor que transcribir aquí los datos que sobre este particular me ha proporcionado el comandante Félix Esparza, que en aquellos días, con el empleo de teniente, militaba á las órdenes de Camarena. Estos datos, además, están confirmados con la relación que me ha hecho el teniente coronel José Acevedo, uno de los cabos de Romero.

“Llegamos á la Jordana, dice Esparza, y allí se nos incorporó un capitán extranjero á quien íbamos á recibir. Al siguiente día salimos de aquel punto tomando el rumbo de Maravatío. A poco andar se tuvo noticia de que no estaba lejos una partida de chinacos. Camarena me nombró de vanguardia con una pequeña fuerza, y aunque le pedí que la reforzara, no logré que lo hiciera.

“Apenas habíamos pasado la Venta del Aire, cuando ví salir un gran número de guerrilleros que sin más ni más se nos echaron encima. Apenas aleancé á desplegar en tiradores mi pequeña fuerza; pero nos envolvieron y rebasaron,

yendo á caer sobre el grueso de la tropa. Poco duró la acción, en que se dispararon unos cuantos tiros, pues el combate se decidió á la lanza, quedando prisioneros muchos de nuestros soldados y dispersos los demás. Camarena y el capitán González murieron en el acto de la pelea, y fueron heridos muchos de nuestros oficiales, pues que Romero y los suyos procuraban en el combate buscar á los jefes enemigos y exterminarlos.

“Yo me batí hasta donde pude, pero ya cansado de manejar el sable, hube de retirarme, abriéndome paso entre los chinacos, y á poco se me reunió el capitán Díaz y ambos proseguimos nuestra retirada, no sin haber dado media vuelta sobre un grupo de cuatro jinetes que nos iban quemando la espalda. Así logramos deshacernos de ellos, nos internamos en el monte por la hacienda de Solís, y después de haber refrescado nuestros caballos, fuimos muy lejos á tomar el camino de Maravatío.”

Nada nos dice el verídico Esparza de lo que sucedió con Becker, y es natural, porque éste caminaba á retaguardia de la tropa de Camarena. A la hora del combate, el oficial ruso se batió con valor. Al comprender que los suyos iban á ser derrotados, se cortó de la tropa, entrándose al monte rumbo á Tapasco. Varios guerrilleros, distinguiéndolo por su buen caballo y lujoso traje, se lanzaron sobre él, y lo hubieran sacrificado, pues ya de un lanzazo le habían agujereado el dormán, si no hubiera sido por Romero que, á carrera tendida, se dirigió á aquel punto, en momentos en que los guerrilleros tenían rodeado al extranjero, puesta la lanza sobre el pecho y la espalda, y gozándose en oír sus palabras suplicatorias, *pidiendo perdón*. Becker rindió su espada á Romero y, requerido por éste, le entregó los documentos que llevaba ocultos en el pecho. El coronel lo colocó á su lado para protegerlo contra cualquier insulto, y el prisionero marchó ya tranquilo y sereno.

Una circunstancia notable: el enemigo, en las dos acciones, tuvo más de cuarenta muertos; de los nuestros no murió uno solo, si bien hubo muchos heridos.

Eran más de las cuatro de la tarde. Se tocó reunión, y los



chinacos, después de haber obtenido dos importantes victorias en el espacio de menos de tres horas, y recogido un cuantioso botín, emprendieron su marcha yendo á pernoctar al Oro. Al día siguiente hizo Romero su entrada á Zitácuaro, en medio del entusiasmo de aquel heroico pueblo que aclamaba á los vencedores.

Aunque incurriendo en algunas inexactitudes, el escritor imperialista Zamacois da cuenta de este hecho de armas, haciendo más justicia á los republicanos que la misma Memoria del Gobierno de Michoacán.

Hé aquí cómo se expresa aquel autor en su "Historia de México," tomo 17, páginas de la 506 á la 509:

"Cerca de la hacienda del Mayorazgo, los jefes de guerrillas Romero, Solano y Castillo, lograron dar otro golpe á los imperialistas. Sabiendo que un capitán ruso apellidado Becker, ayudante del general mexicano D. Leonardo Márquez, conducía de México para éste algunas comunicaciones, se propusieron hacerle prisionero. La escolta que se le había dado era muy corta; pero iba mandada por un valiente oficial. Para evitar, por lo mismo, que alguna fuerza contraria le atacase en el camino, salió de Maravatío, á su encuentro, una sección de caballería. Sabedor el jefe republicano Romero de lo que pasaba, situó una parte de sus tropas en emboscada en el puerto de Medina y se dirigió con el resto al encuentro de Becker. La sorpresa de la corta fuerza que escoltaba á éste, fué completa al verse acometida de repente. La lucha fué corta: el jefe de la escolta, D. Miguel Camarena, perdió la vida batiéndose con denuedo; varios oficiales, compañeros de Becker, murieron también, entre ellos uno muy valiente apellidado Esparza;¹ Becker vió atravesado su uniforme de un lanzazo dirigido al pecho, sin que, por fortuna suya, lo hiriera, y fué hecho prisionero con los que no habían perecido.

"Entonces llegó á verse lo injustos que con frecuencia son los hombres de todos los partidos, al calificar á los que combaten en el campo opuesto. La prensa imperialista había pintado siempre á Romero como un hombre sin piedad. Becker,

¹ Ya hemos visto que Esparza salió ileso: antes de un año este oficial había vuelto al campo republicano en donde hizo una buena carrera militar.

en consecuencia, al verse hecho prisionero, no dudó que sería fusilado en el acto. Su sorpresa fué, por lo mismo, grande, cuando en vez de rigor y de saña, se encontró tratado con la mayor consideración. Romero se mostró con él sumamente atento y le dijo que le iba á conducir á Zitácuaro, donde se hallaba el general D. Vicente Riva Palacio. Esta noticia acabó de tranquilizar completamente al bravo militar ruso. Don Vicente Riva Palacio, de quien ya tengo hablado varias veces, era un joven de fina educación, de sentimientos nobles y caballerosos, no menos humano que valiente, excelente abogado, distinguido literato y bravo militar. Becker no temió por su vida.

"Grato es al escritor encontrar en medio de los horrores de las batallas sangrientas que se ve obligado á describir, algunos de esos rasgos generosos que llenan de grata emoción el alma. El corazón siente desaparecer el peso que le oprime como una plancha de hierro, y respira libremente como si aspirase una atmósfera embalsamada y dulce. Una carta escrita por Becker pocos días después de hallarse prisionero, me hizo sentir ese grato placer que experimenta todo hombre que no tiene la desgracia de haber perdido los tiernos sentimientos de humanidad, cuando encuentra en otros un bello rasgo de hidalguía: la carta de Becker decía así:

"Estarán vdes. sorprendidos de ver el lugar de donde escribo; pero esto es consecuencia de nuestro estado: imposible es al hombre prever al salir de un punto lo que le acontecerá después.

"Las fuerzas de Romero, Solano y Castillo cayeron improvisadamente sobre nosotros. El jefe de nuestra escolta perdió la vida. La fuerza del enemigo era superior á la nuestra. Nosotros nos defendimos, pero acabamos por ser batidos. Yo he salido muy bien librado, pues pasando por alto un lanzazo que me pasó el vestido del lado del corazón, todos se sorprenden de que no haya sido víctima del primer momento de furor de los soldados ó pasado por las armas después de haber caído en sus manos. Ciertamente que ninguno está más sorprendido que yo mismo.

"En fin, heme aquí sano y salvo.

“Desde el momento me trató Romero perfectamente y con-
 “versé con él en el camino. En Zitácuaro encontré á Riva
 “Palacio, que me recibió, á fe mía, con la mayor amabilidad
 “y me dió alojamiento con su mayor general García, del cual
 “sólo puedo hacer elogios. Riva Palacio viene algunas veces
 “á visitarme, y su conversación espiritual me hace pasar ho-
 “ras muy agradables. Si añadido que he hecho otros conoci-
 “mientos con otras personas de buena educación, vdes. com-
 “prenderán que el prisionero se halla, relativamente á su
 “enfadosa situación, lo más bien posible.”

“Un mes después de haber caído prisionero, el día 16 de
 Octubre, le dió D. Vicente Riva Palacio la grata sorpresa
 de decirle que desde aquel momento quedaba en libertad.
 Becker había sido canjeado por otro jefe republicano, y vol-
 vió á sus filas lleno de gratitud hacia el hombre que le había
 tratado, no como á un contrario vencido, sino como á un
 amigo.” Hasta aquí Zamacois.

Por mi parte, y como complemento de este capítulo, trans-
 cribo á continuación dos cartas, una de Becker y otra del ge-
 neral Arteaga. La primera dice:

“Sr. D. Vicente Riva Palacio.—Zitácuaro.—Maravatío,
 Octubre 8 de 1864.—Muy señor mío de mi aprecio.—Me
 aprovecho de esta oportunidad para manifestarle á vd. que
 he llegado á ésta sin novedad, y para repetirle á vd. mis muy
 expresivas gracias por la cortesía y consideración con que he
 sido tratado en Zitácuaro.

“Siento mucho que los señores que han sido canjeados por
 mí hayan sido detenidos aquí hasta mi llegada, pero ahora
 están ya en completa libertad y han tenido la bondad de pro-
 meterme llevar esta carta para vd.

“Suplicando á vd. haga presente á los Sres. García, Ro-
 mero, Lebrija, Parada y Jaime mis más finas memorias, me
 repito de vd. su atento y S. S. Q. S. M. B.—Waldemaro Bec-
 ker.”

Los canjeados por el capitán ruso fueron el teniente coro-
 nel Juan García y un capitán cuyo nombre no he podido ave-
 riguar, ambos hechos prisioneros en el ataque dado á Pátz-
 cuaro por el general Pueblita.

La carta del general Arteaga es como sigue:

“General Arteaga.—C. Guzmán, Octubre 8 de 1864.—Se-
 ñor Gobernador D. Vicente Riva Palacio.—Muy estimado
 amigo y compañero:—Ayer fueron publicados y solemniza-
 dos debidamente los partes que vd. me remitió y que yo he
 acogido con mucho placer.

“Sírvasse vd. manifestar á los vencedores de la hacienda de
 Ayala y puerto de Medina, la complacencia con que he reci-
 bido la noticia de sus triunfos, y cómo lo he mandado comu-
 nicar al Ejército para su conocimiento y emulación. Admita
 vd. á la vez mis plácemes porque las armas de sus órdenes
 inmediatas están ilustrando la segunda época de nuestra in-
 dependencia, y gracias por el digno comportamiento de vd. y
 de sus fuerzas, de que ya dí ayer conocimiento al Supremo
 Gobierno Nacional.

“El enviado de vd., teniente coronel Carrillo, me ha en-
 tregado los mismos partes y las importantes comunicaciones
 quitadas al oficial prusiano prisionero, que me han servido en
 gran manera para estos momentos, y de cuya remisión pronta
 y eficaz doy á vd. las debidas gracias, etc., etc.—Soy de vd.
 atento amigo, compañero y s. s. q. b. s. m.—José María Ar-
 teaga.”

Los pliegos interceptados al oficial ruso contenían nada me-
 nos que las instrucciones dadas al general Márquez para con-
 currir al plan de campaña de Bazaine sobre el Cuartel Gene-
 ral republicano situado en el Sur de Jalisco. Este plan abortó
 por de pronto y sirvió para que Maximiliano no hubiese po-
 dido prolongar su viaje de recreo hasta Guadalajara. Ya ve-
 remos en el capítulo siguiente cómo cambió de rumbo, diri-
 giéndose á Michoacán.